

Revista de Literatura, 2009, julio-diciembre, vol. LXXI, n.º 142,
págs. 497-524, ISSN: 0034-849X

«IDEA DEL SIGLO XVIII»: SOBRE LA ILUSTRACIÓN EN EL *MEMORIAL LITERARIO* (1801)*

JOSÉ CHECA BELTRÁN
CCHS/CSIC. Madrid

RESUMEN

Publicado en el *Memorial Literario* de 1801, la *Idea del siglo xviii* es un texto que ha pasado prácticamente desapercibido para la generalidad de los dieciochistas, a pesar de su enorme interés. Constituye una de las primerísimas miradas que el recién inaugurado siglo xix dirige sobre la centuria anterior, el «siglo ilustrado», como lo denomina el propio autor (presumiblemente Pedro María Olive). El objetivo de este trabajo es dar a conocer este importante y temprano texto español sobre la Ilustración y estudiarlo como espejo y lámpara de los debates y controversias del panorama político, literario y cultural de la España de 1801.

Palabras clave: Siglo xviii, Ilustración española, Prensa literaria, Memorial Literario, Historiografía del siglo xviii, Olive.

«IDEA DEL SIGLO XVIII»: ON THE ENLIGHTENMENT IN *MEMORIAL LITERARIO* (1801)

ABSTRACT

Published in *Memorial Literario* in 1801, *Idea del siglo xviii* is a text which has virtually gone unnoticed for most of the scholars of the 18th century, in spite of its great interest. It is one of the first glances cast by the newly welcomed 19th century at the former «Enlightenment century», according to the author's denomination (presumably, Pedro Maria Olive). The objective of this work is to release this important and early Spanish text about the Enlightenment and study it as the mirror and the lamp of the discussions and controversies of the political, literary and cultural scene of Spain in 1801.

Key words: 18th century, Spanish Enlightenment, Literary press, *Memorial Literario*, Historiography of the 18th century, Olive.

En octubre de 1801 se reinicia la publicación del *Memorial literario*, uno de los mejores periódicos españoles del siglo xviii. Con este motivo, al frente del «Tomo I. Año Primero» aparecen dos discursos que sirven

* Dedico este trabajo al hispanista Maurizio Fabbri, colega y amigo, con motivo de su jubilación de la cátedra de Bolonia. Por lo mucho que ha hecho.

Este artículo se enmarca en el proyecto de investigación FFI2008-01870 concedido por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

de presentación: el primero se titula *Plan de este periódico o Discurso sobre los conocimientos humanos* (1-13), y el segundo, *Idea del siglo XVIII* (14-44). Los dos están sin firma, aunque pensamos que su autoría corresponde a Pedro María de Olive¹.

Fundado por Pedro Pablo Trullenc y Joaquín Ezquerra, los 52 volúmenes de este periódico² se publicaron en Madrid en varias etapas: la primera entre 1784 y 1791, la segunda entre 1793 y 1797, la tercera entre 1801 y 1806. No se publicó en 1807, pero reapareció de manera efímera en el primer semestre de 1808, hasta su suspensión definitiva en mayo de ese año.

En su primera etapa, el *Memorial*, apoyado por Floridablanca y Campomanes, «era un periódico ilustrado, pero no revolucionario; avanzado, pero no heterodoxo. Jamás se habían vertido en él ideas que ni de lejos hubieran atentado contra la religión o las Regalías de S.M.» (Urzainqui, 1990: 508), motivos por los que, tras la suspensión de la prensa en febrero de 1791, consiguió autorización para reiniciar la publicación por decreto del 3 de julio de 1793. Tras el fallecimiento de Trullenc (h. 1790), Ezquerra quedó como principal responsable en la segunda etapa, durante la que trabajó con menos entusiasmo que en la primera: Urzainqui (1990: 502 y 509) escribe que a pesar de que el periódico «continúa empeñado en la batalla de la «ilustración», ha perdido mucho de su actualidad y dinamismo», aumentan los textos procedentes de publicaciones extranjeras y se publica con retraso. «Durante estos años parece haber decrecido el apoyo y ayuda de los lectores y de las instituciones culturales».

En 1801 Ezquerra lo reabrió nuevamente, bajo el título de *Memorial Literario o Biblioteca Periódica de Ciencias y Artes*, cediendo la dirección a Pedro María Olive (Murcia, 1767-Madrid, 1843)³. Para Urzainqui (1990: 509), es de suponer que hubo un acuerdo entre Ezquerra y Olive, según el cual este último «se responsabilizaría enteramente de la publicación, pero reservándose Ezquerra el derecho y posibilidad de escribir algunos artícu-

¹ La profesora Urzainqui (1998: 501-503) explica que en los periódicos de aquellos años casi nunca se desvelaba la identidad de los redactores, y precisa que, en este sentido, «el *Memorial Literario* se presenta como el resultado de una labor conjunta de imposible o, cuando menos, muy difícil deslinde».

² El *Memorial* y sus redactores fueron objeto de estudio —con algunas equivocaciones— por parte de Menéndez Pelayo (1974). Actualmente disponemos de información más precisa al respecto —y sobre la prensa dieciochesca en general— gracias a los trabajos de Guinard (1973), Aguilar Piñal (1978), Domergue (1981), Urzainqui (1995) y un largo etcétera. Otros estudios de interés sobre la prensa son los de Palomo (1997), Botrel (1993), Sáiz-Seoane (1983), González Palencia (1934) Le Gentil (1909), Ossorio y Bernard (1902), Hartzbusch (1894), etc. La aportación más extensa, documentada y precisa sobre los redactores y responsables del *Memorial Literario*, así como sobre sus avatares editoriales, es la de Urzainqui (1990).

³ Algunos datos acerca de la biografía y obra de Olive pueden hallarse en Aguilar Piñal (2004) y Baasner (2007: 610-612), pero sobre todo en Urzainqui (1990).

los». Sin embargo, la participación de Ezquerra, «comparada con la de Olive, es mucho más reducida».

Hemos de suponer que la *Idea del Siglo XVIII* debió de ser escrita o por Ezquerra o por Olive, dueño y director, respectivamente, del periódico. Sin disponer de ninguna prueba concluyente ni de datos nuevos al respecto, nos inclinamos por la autoría de Olive: el hecho de que Ezquerra hubiera disminuido su dinamismo inicial como periodista, el que en 1801 cediera la responsabilidad del periódico a Olive, y el contenido de la *Idea*, cuyos temas pertenecen al ámbito de los intereses intelectuales de Olive más bien que a los de Ezquerra⁴, son motivos que favorecen esta hipótesis. Pero sobre todo, al hacerse cargo de las *Efemérides de la Ilustración de España* (1804-1806, 8 vols.), Olive escribiría que durante la etapa 1801-1804 él fue el responsable del *Memorial*⁵. En efecto, Olive lideró también las *Efemérides* —que en 1805 convierte en *Nuevas efemérides de España*—, y *Minerva o El Revisor General* (1805-1818, 12 vols., interrumpida entre 1808 y 1817), donde, como anejos, publicó varias obras sobre historia política, militar y literaria. Estos tres periódicos, escribió el propio Olive en el número del 14 de agosto de 1817 de *Minerva*, «vienen a formar una misma obra, pues que es uno mismo su autor y unas mismas son sus opiniones». Asimismo, en las *Nuevas Efemérides* afirmó que la edición del *Memorial* fue una «iniciativa suya y de su entera y directa responsabilidad» (Urzainqui, 1990: 509). No es objetivo del presente trabajo investigar sobre la autoría de la *Idea*. Sin embargo, por todo lo expuesto, me permitiré en este artículo hablar de Olive como su autor.

Dedicaré las próximas páginas al estudio de la *Idea*, de mucho mayor interés que el *Plan*, que consiste esencialmente en un «prospecto» o plan de intenciones sobre la nueva andadura del periódico. La *Idea del siglo XVIII* es un texto que ha pasado prácticamente desapercibido para la generalidad de los dieciochistas⁶, a pesar de su enorme interés. Constituye una de las primerísimas miradas que el recién inaugurado siglo XIX dirige sobre la centuria anterior, el «siglo ilustrado», como lo denomina el propio

⁴ Basta con echar una ojeada, en la *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII* de Aguilar Piñal, a las obras manuscritas e impresas de ambos autores, para advertir que la *Idea* encaja mejor en la producción intelectual de Olive.

⁵ Su trabajo en el *Memorial* concluyó en junio de 1804. Ezquerra se hizo cargo del periódico entre junio y diciembre de ese año, fecha en que vendió sus derechos a Sebastián Bernardo de Carnerero, quien cedió la dirección del periódico a sus dos hijos.

⁶ Los profesores Aguilar Piñal y Álvarez Barrientos lo han aludido para referirse al título de «ilustrado» que se dio al siglo XVIII (Aguilar Piñal, 1991: 11. Álvarez Barrientos, 2005: 7-8). Asimismo, la profesora Rodríguez Sánchez de León (1999: 281) dedica una nota a pie de página a la *Idea*, que, sin especular sobre su autoría, atribuye espontáneamente a Ezquerra. Este libro de Sánchez de León es indispensable para conocer la crítica de teatro en la prensa española del período 1789-1833 y, por tanto, en el *Memorial Literario*.

Olive (26). Una mirada riquísima, condicionada por la inevitable censura⁷. El objetivo de este trabajo, así pues, es dar a conocer este importante y temprano texto español sobre la Ilustración y estudiarlo como espejo y lámpara de los debates y controversias del panorama político, literario y cultural español de 1801. Ello nos permitirá, además, conocer el pensamiento político y literario de su autor —presumiblemente Pedro María Olive—, y aludir a los mecanismos de ocultación que, ante el peligro de la censura, hubieron de practicar los autores ilustrados de aquellos años.

La historiografía española está acostumbrada a citar a Bouterwek y Sismondi como los primeros historiadores de nuestra literatura. Pero los verdaderos pioneros en la escritura de nuestra historia literaria con un definitivo sentido histórico y comparatista son anteriores, pertenecientes a las últimas décadas del siglo XVIII. Entre los españoles, citemos como muestra a Estala, Quintana y, sobre todo, a Juan Andrés. No hay duda de que son muchos los textos historiográficos escritos y publicados antes de que los padres oficiales de la historia literaria dieran a la luz sus obras, en las que frecuentemente se desconocen aquellos escritos pioneros, como el que ahora nos ocupa⁸.

Pero, antes de seguir, he de puntualizar que el texto aquí estudiado no es una simple historia de la literatura española, porque habla de mucho más que literatura y, por otra parte, su análisis se extiende a los principales países europeos. El autor de la *Idea*, a quien habrá que incorporar a la nómina de nuestros pioneros en historia literaria y cultural, dirige su mirada a las ciencias y las letras en general, y, como clara muestra de su sentido histórico, adopta una posición comparatista que le lleva a confrontar países y épocas, ofreciendo un fresco, aunque sintético, panorámico de la cultura dieciochesca. Digamos, en consecuencia, que la *Idea del siglo XVIII* más que una historia literaria es una historia de la cultura⁹, y que, además, no se reduce a los límites del siglo ilustrado, a pesar de ser este su primordial objeto de estudio. En efecto, su interés radica en que las reflexiones de Olive ponen en relación cuestiones de poética, historia, ciencia, política y filosofía que atañen a diferentes siglos, generando así una

⁷ El profesor Aguilar Piñal (1978: X) escribe que con Carlos IV la situación de la prensa se complica: «los gobernantes, atemorizados por los sucesos revolucionarios de Francia, mantienen una postura cada día más inquisitorial. Por Real Orden de 24 de febrero de 1791 se prohíben todos los periódicos», excepto los oficiales. Con la llegada de Aranda al poder se suavizaron aquellas medidas. Pero de nuevo en diciembre de 1799 se prohibió cualquier texto periodístico que se refiriese «directa o indirectamente» al gobierno público. Por otra parte, la profesora Larriba (2005) sostiene que la censura inquisitorial de entonces fue tardía e ineficaz.

⁸ Sobre estos textos pioneros en España debe verse Urzainqui, 2004.

⁹ Escribe Bury (1971: 135) que «aparecieron alrededor de la mitad del siglo XVIII nuevas líneas de investigación que desembocaron en la sociología, la historia de la civilización y la filosofía de la historia».

verdadera historia de la cultura. La *Idea* nos permite conocer de manera paradigmática las opiniones de los dos bandos historiográficos que se oponían entonces, tan enfrentados en sus juicios sobre el siglo ilustrado. Esta obra, en definitiva, refleja fielmente el contexto y el debate histórico-cultural de aquellos años.

Así es, Olive «dialoga» con otros textos de la época; «leído» adecuadamente es un discurso donde aparecen perfectamente las contradicciones, perplejidades y discusiones del momento. Es, indudablemente, uno de los textos «militantes» que en aquellos años conflictivos se escribieron. Su interés es aun mayor si tenemos en cuenta que está dirigido a un público mayoritario, el de la prensa¹⁰.

Escribía con razón Alcalá Galiano (1913: 55) que en la España de los primerísimos años del XIX no faltaban «quienes soñasen en una monarquía de las llamadas constitucionales. Republicanos había ya pocos, aunque había habido bastantes entre la gente ilustrada hacia 1795, y aún hasta 1804 [...]. No está de más añadir que entre el clero, y aún entre los frailes, gozaba Napoleón de alto y favorable concepto».

A pesar de ello, es obvio que en la España de 1801 no se podía defender en la prensa la opción republicana, ni se podía criticar abiertamente al gobierno o a la Iglesia. Sin embargo, los autores pueden expresarse con relativa libertad en cuestiones culturales e historiográficas, supuestamente desideologizadas; y digo supuestamente porque algunas de estas opiniones connotan el pensamiento político de su autor y delatan su adscripción ideológica a uno de los bandos del debate político-cultural de la época.

Naturalmente, en una época de fuerte censura, como lo fue aquella, no podemos esperar manifestaciones públicas sinceras que reflejen con exactitud la ideología de los escritores: es evidente que un pensamiento heterodoxo, contrario a la monarquía o a la religión, no habría podido expresarse abiertamente. En cualquier caso, los autores de entonces desarrollaron, como suele suceder en estas épocas, una enorme habilidad para decir solo entre líneas lo que habrían deseado expresar de manera más nítida. Es el caso de Quintana, que supo manifestar, encubiertamente, en su periódico *Varietades* ideas muy críticas con la Iglesia y la Monarquía¹¹.

¹⁰ Para Larriba (1998) no existe «un público», sino varios: los suscriptores de la prensa de entonces fueron nobles, clérigos, militares, burócratas, médicos, maestros, artesanos, intelectuales, escritores, etc., que ella estudia agrupados en tres categorías: nobleza, clero y clases medias. Además distingue diferentes públicos según el tipo de periódico, erudito, literario, informativo, de divulgación, especializado. Solo un 2,2% de los suscriptores eran mujeres. Pero además de los suscriptores hay que contar con quienes compraban números sueltos y con las lecturas públicas en cafés y tertulias.

¹¹ Véase Checa, 2003, donde muestro cómo una reseña sobre un tratado de Retórica sirve a Quintana para realizar una fuerte crítica de los abusos de la Iglesia, de los poderosos y de la monarquía.

VISIÓN HISTORIOGRÁFICA. EL SIGLO XVIII

Como buen historiador, Olive reconoce que en 1801 aún no existe la perspectiva suficiente para enjuiciar adecuadamente un período histórico tan reciente. Aún más, es consciente de que esa división en períodos, en siglos, practicada por el hombre es poco fiable, ya que en la Historia no existen divisiones tajantes, sino una continuidad que hace poco creíbles los cortes que, por afán pedagógico o estructurador, suelen hacer los historiadores. A pesar de estas razonables y científicas precauciones historiográficas que Olive realiza al principio de su discurso, no elude dar una respuesta sobre el siglo que acaba de morir, aunque esta sea provisional, hasta que las generaciones futuras lo expliquen con mejor perspectiva:

No juzguemos una época a la que todos pertenecemos, y que tan solo la imaginación separa de la presente: dejemos que se establezca la opinión pública con la lentitud que necesita para ser verdadera; a nuestros descendientes toca formar el cuadro fiel y completo del siglo XVIII. Contentémonos, pues, con dar una ligera pincelada, porque ¿quién tendrá los conocimientos, la imparcialidad, la energía necesaria para pintar la generación presente cual es en sí? Los sucesos están de tal modo unidos y enlazados que vienen a formar un gran todo, en el cual los unos son siempre la causa o el efecto de los otros: lo presente es una consecuencia necesaria de lo pasado (14).

Pero, a pesar de la limitación que, según expresa Olive, representa la cercanía cronológica de la época que se va analizar, y a pesar de esa unidad difícilmente indisociable en la marcha de los acontecimientos históricos, Olive no renuncia al establecimiento de una periodización histórica, una descripción de la evolución de los acontecimientos, concatenados pero susceptibles de ser distinguidos.

El autor de la *Idea* declara la gran importancia que en la historia de la humanidad ha tenido el siglo XVIII, que «será célebre hasta en los [siglos siguientes] más remotos, tal vez como el principio de una grande época, y seguramente como uno de los más particulares». Se prepara, así, para estudiar sus peculiaridades y para compararlo con los siglos precedentes. Anticipa que en alguna «circunstancia particular» ha sido «inferior» a los anteriores, pero «nos parecerá superior si atendemos a la reunión de todas» las circunstancias (14). Para su explicación, entra sin demora a analizar el nudo del debate de su época, distinguiendo y definiendo las encontradas y politizadas opiniones de sus contemporáneos:

Si consultamos después las opiniones de los contemporáneos, algunos le ensalzarán como el siglo único y el más grande de todos, añadiendo en su entusiasmo que es la aurora de una nueva época, enteramente diferente de la antigua, en la cual las ciencias se harán universales y la felicidad común a todos los hombres. Al contrario, otros declamarán contra él como un siglo de vicio y corrupción, de

pedantismo y charlatanería, el cual nos anuncia una época tenebrosa de ignorancia y barbarie (15).

En efecto, ese era ya el debate. Los diferentes juicios estaban cargados de ideología política. Las discrepancias entre «filósofos» y «antifilósofos» constituían el origen y el fondo de la discusión. El modelo tradicional, monárquico y católico, se oponía a un nuevo modelo en el que la posibilidad republicana estaba abierta, o bien la monarquía absolutista se consideraba necesitada de una radical revisión, al tiempo que el laicismo se ofrecía como alternativa al tradicional peso social y político de la Iglesia. Todo ello, naturalmente, acompañado de matices intermedios. Como digo, la censura de entonces obliga a «leer entre líneas» las opiniones de Olive, al igual que la citada reseña de Quintana en *Variedades*.

Olive adopta una posición aparentemente intermedia entre las dos posturas extremas: «Estas dos opiniones igualmente falsas, y que tanto se alejan entre sus extremos, tocan la una y la otra en la verdad, a la cual podremos acercarnos por medio de un análisis imparcial» (15). Comienza aquí ese juicio «imparcial» de Olive, en el que se aprecia su intención de mostrarse como un moderado, aunque son muchos los signos de su simpatía por las novedades que ha aportado el siglo XVIII.

Veremos que este siglo no merece ni las alabanzas desmedidas de los unos, ni las amargas sátiras de los otros. Como en todas las cosas humanas, advertiremos en él grandes defectos y excelentes calidades, y tal vez más que en ningún otro, este sabio balance, con el cual la naturaleza oponiendo el bien al mal, se sostiene y conserva tanto en lo físico como en lo moral» (15).

Así pues, es un siglo como todos, con cosas buenas y malas, pero el equilibrio entre los defectos y las calidades, el «balance», es más patente en el siglo XVIII que en los anteriores, lo cual viene a significar que Olive ve con más simpatía —por más equilibrado— al siglo ilustrado.

CONTRA LA ILUSTRACIÓN: EL «ESPÍRITU FILOSÓFICO»

Es lógico suponer que si los editores del *Memorial* querían conseguir la autorización de la censura para la publicación del primer número de su periódico, habían de reconocer públicamente su alejamiento del pensamiento político más extremo y «filosófico». Por ello, al menos en la *Idea*, se diseña un esquema discursivo que podríamos resumir así: no concordamos con la peligrosa ideología de los «filósofos», pero sí reconocemos los elementos positivos que posee el pensamiento innovador dieciochesco. No se puede saber hasta qué punto era sincera la primera parte del esquema, o estaba determinada por la censura. Es decir, ¿su alejamiento de la heterodoxia política era una simple estrategia de supervivencia? De lo que sí podemos

estar seguros es de que su pensamiento progresista era, como mínimo, el que se expresa literalmente en las páginas del periódico, aunque por razones de censura podamos prever que era aún mayor.

No tarda Olive en referirse al nuevo «sistema» político que ha inventado el siglo XVIII. No especifica en qué consiste ese nuevo sistema, pero de sus palabras podemos colegir que está hablando de la utopía «filosófica», republicana, laica, revolucionaria en una palabra. En este sentido, la posición ideológica que explicita y defiende es nítidamente contraria a la de quienes «deslumbrados con las brillantes ideas de nuestro tiempo creen haber encontrado a fuerza de sus combinaciones y estudio el camino de la perfección». El autor de la *Idea* está contra ese sistema político que, como digo, no describe, aunque el lector avisado sabe a lo que se refiere: «este sistema, nacido sin duda de un corazón lleno de filantropía, es por desgracia el más quimérico y funesto de cuantos ha formado la extravagancia y delirio de la filosofía moderna».

Su posición contraria a este nuevo, utópico y funesto sistema no le impide reconocerle un matiz positivo, su origen filantrópico. Sin embargo, la «experiencia» obliga a valorarlo negativamente: «En vano alegan para sostenerle los progresos que las ciencias han hecho en nuestros tiempos. La razón y la experiencia deponen en contrario». Junto a cada crítica al nuevo sistema Olive desliza imperceptiblemente alguna ventaja; en este caso el progreso de las ciencias, un progreso que considera indiscutible.

En los párrafos dedicados a este asunto, Olive está aludiendo a las consecuencias de la Revolución francesa: la «experiencia» ha demostrado que el logro de la perfección es imposible. Se está enjuiciando el nuevo sistema como una utopía política que ha fracasado, tal y como —argumenta— demuestra la realidad. Recordemos la decepción que el desarrollo de la Revolución Francesa, sobre todo con la llegada del Terror, generó en muchos intelectuales de la época, inicialmente simpatizantes del pensamiento político que propició aquel acontecimiento.

Para nuestro autor, la búsqueda de la utopía política, la sociedad perfecta, está condenada al fracaso por culpa de la naturaleza humana: «para llegar a tan decantada perfección sería necesario mudar, no nuestros conocimientos sino nuestra naturaleza», la cual imposibilitaría, a su juicio, la consecución de cualquier ideal utópico, dado en el hombre el «poder de sus pasiones y el débil influjo de su razón» (14-15). Son unas interesantes reflexiones en las que el lector del siglo XXI encontrará muchas similitudes con lecturas historiográficas sobre utopías más recientes. Pero referidas al momento en que fueron escritas, poseen una fuerte connotación antirrousseauiana, negadora de la bondad natural del ser humano.

Tras este argumento, su diagnóstico del fracaso de la utopía política dieciochesca incluye otro criterio igualmente poderoso: moviéndose en el binomio naturaleza/cultura, el periodista no solo sostiene que la naturaleza

humana impide la conquista de una sociedad perfecta, sino que tampoco está claro que los progresos propiciados por la cultura, la ciencia, el conocimiento, conduzcan a un mayor grado de felicidad humana: «No está demostrado que la felicidad dependa solo de nuestros conocimientos, ni que los siglos más ilustrados sean los más felices. Si las ciencias que cultivamos nos descubren verdades importantes, también nos inducen a funestos errores. Perdemos por un lado lo que ganamos por otro» (15).

Tomadas literalmente, estas opiniones deberían ser consideradas como reaccionarias en el contexto de la época, porque si bien es verdad que el progreso científico no conduce automática e inevitablemente a la felicidad, sí permite la adquisición de conocimientos, instrumentos y destrezas que contribuyen al bienestar social, tal y como era defendido por el pensamiento progresista de la época. Finaliza Olive su diagnóstico con una detallada enumeración de los síntomas que explican la enfermedad del siglo:

Estos y otros errores de la filosofía moderna [los de confiar excesivamente en la naturaleza humana y en el progreso científico], la decadencia de las letras, el espíritu de novedad, el trastorno de la moral pública, la inconstancia en fin de las cosas humanas hacen temer a muchos que este siglo queriendo elevarnos a la perfección, no nos vuelva al caos de la ignorancia y barbarie, precipitándonos en un abismo de errores y de males; y, en efecto, nos vemos obligados por desgracia a confesar que de las dos opiniones esta es la que tiene algún fondo de verdad (16).

Con esta afirmación, nuestro autor se adhiere nítidamente al partido de los contrarios a la «filosofía moderna». Pero, ¿hasta qué punto sus palabras obedecían a su verdadero pensamiento político? Podrían ser palabras insinceras, tributo imprescindible al chantaje censor de la época. En favor de esta hipótesis existen indicios a lo largo de todo el discurso que muestran al autor de la *Idea* como más cercano a los ilustrados que a los tradicionalistas. En el párrafo que acabo de transcribir llama la atención la frase «nos vemos obligados por desgracia a confesar» que los antifilósofos tienen razón. Frase que permite varias lecturas: primera, que el pensamiento ilustrado llevado a sus últimas consecuencias, la Revolución, es decepcionante. Segunda, desgraciadamente tengo que adscribirme a esta opinión, porque la censura no me permite sostener lo contrario.

Ya desde los años ochenta el debate político-cultural en España contemplaba con frecuencia el concepto de «espíritu filosófico». Olive, que escribe precisamente sobre cuestiones de este ámbito, debe pronunciarse al respecto, y lo hace, para empezar, de la única forma que entonces le estaba permitido a alguien que pretendía formar parte de la élite, en su caso como periodista cuya voz llega al público. Su pronunciamiento inicial sobre este asunto es, como no podía ser de otro modo, contra el espíritu filosófico. Sin embargo incorpora matices que moderan, e incluso invierten, su rechazo inicial.

Es sabido que durante la segunda mitad del XVIII se consolida una acepción de «filosofía» que se relaciona con el pensamiento en libertad, libre de prejuicios y apriorismos retardatarios, y que defiende una actitud crítica con todo lo instituido. Es un concepto reivindicado por el pensamiento ilustrado y enciclopedista. Recordemos que en los años ochenta el padre Andrés —cuyo *Origen*, en mi opinión, el autor de la *Idea* tiene muy presente en este discurso, sin citarlo— se había mostrado contrario, o ambiguo, ante ese espíritu filosófico. El jesuita Andrés distinguía entre un buen y un mal espíritu filosófico. Así, se manifestó contra los «presuntuosos» que pretenden pasar por filósofos «despreciando la autoridad de nuestros mayores, abatiendo los misterios más sagrados de la religión, y no haciendo caso de los preceptos, ni de todas las leyes divinas y humanas»; se trata, para el jesuita, de una «vana y falsa filosofía, digna ciertamente de desprecio». Pero también existe un buen espíritu filosófico «que merece alabanza» y que se basa en «un método más exacto y un orden más justo en explicar las materias que se tratan». Habla Andrés (1784: II, 366-367) de una forma de conocimiento que «quiere sujetar a riguroso examen todas las cosas», y que contra la esterilidad de las discusiones escolásticas «va más directamente en busca de la verdad». Es decir, «sí» al método empírico, «no» al escolasticismo, y esta es la parte progresista; pero «no» al librepensamiento que pone en duda la autoridad instituida, y este es el lado conservador¹².

Para Andrés, y para Olive —que en este punto parece seguir los razonamientos del jesuita—, la filosofía se entromete modernamente en todas las disciplinas, incluida la poesía, que últimamente se ha visto invadida por el mal espíritu filosófico. Ambos estiman que el «espíritu filosófico» es bueno si se aplica donde corresponde, en el ámbito científico, y es malo si se ejercita en el mundo del arte y la religión. Así toman partido en una polémica literaria, cargada de connotaciones políticas, vigente ya en los años ochenta —cuando escribía Andrés—, pero también a principios del siglo XIX. Puesto que la época no permitía una discusión política libre y pública, algunos escritores la ocultaron en los entresijos de la polémica literaria.

Recordemos que los autores de aquellos años estaban divididos acerca de la «poesía filosófica», un tipo de literatura que pretendía un mayor compromiso moral y social, al tiempo que se alejaba de la poesía evasiva o amorosa anterior. Como es sabido, Jovellanos fue el primero que recomendó a sus discípulos escribir poesía de asuntos serios, y de «filosofía moral». Desde entonces, los poetas y teóricos se dividieron acerca de este tipo de literatura, siendo sus principales defensores los autores más innovadores e ilustrados. Entre otras opiniones, estos sostenían que los autores

¹² Véase Checa, 1997: 426-427. Sobre el padre Andrés y la historia literaria son muy recomendables los estudios del profesor Garrido Palazón (1992 y 1995).

modernos, además de adquirir un mayor compromiso social, no debían escribir como los antiguos, porque ya nadie cree en los mitos grecorromanos, ni en la magia; tampoco los misterios de la religión son poetizables, porque son abstrusos¹³.

En este sentido, conviene recordar las palabras de Alcalá Galiano (1913: 63-69): «La literatura madrileña estaba en 1805 casi dividida en dos bandos [...]. En la formación de estos bandos influían variedad o contraposición en las doctrinas, así literarias como de otra clase, no dejando de influir estas últimas en aquellas, y viceversa, o razones privadas, ya de piques y resentimientos, ya de celos y ambición de ocupar puestos absoluta o relativamente superiores». Una de las huestes, continúa Galiano, estaba «patrocinada por el Gobierno, o digamos por el Príncipe de la Paz», y formada por Leandro Fernández de Moratín, «nada amante de la libertad política, y muy bien avenido con la autoridad, aun la de entonces, a cuya sombra medraba, y también dominaba». En esta hueste militaban Estala y Melón: el «triumvirato» tenía pocos «secuaces».

En el bando opuesto militaban hombres cuyas «ideas eran las de los filósofos franceses del siglo XVIII, y las de la revolución del pueblo nuestro vecino, así como en la parte religiosa, en la política, si bien no yendo todos igualmente lejos. En literatura su clasicismo era menos puro que el de sus adversarios, yéndose con los semiheréticos de los días de Voltaire, cuando los otros se quedaban con los ortodoxos Boileau y Racine». Quintana era el líder, «en su bandera estaba el lema de oposición, no escrito en letras claras, lo cual entonces no podía haberse tolerado». Quintana fue «cantor sin par de doctrinas políticas y filosóficas, no sanas siempre, e imposibles de ser proclamadas en los días de nuestra monarquía antigua».

Pero, añade Galiano, también hubo «literatos» que no formaron parte de ningún bando. Es más, precisa que el *Memorial* de Olive no era ni quintanista ni moratinista (1913: 63 y 69). Por otra parte, en un reciente estudio de Aguilar Piñal (2004) sobre las opiniones literarias de Olive, se evidencia que este elogió tanto a Moratín y a Melón como a Meléndez Valdés y a Cienfuegos, y criticó tanto a Munárriz como a García de Arrieta, conocidos traductores de Blair y Batteux, y supuestamente adscritos a cada uno de los bandos. Esto corrobora la idea de que Olive pudo ser uno de aquellos literatos sin adscripción a ninguno de los grupos en discordia. Su

¹³ Refiriéndose a acontecimientos como la expulsión de los árabes de España, la presencia española en América, la aparición del protestantismo, «la espada española agitándolo todo en la tierra por espíritu de heroísmo, de religión, de ambición y de codicia», escribió Quintana (1946: 144-145): «una cosa que se extraña en los buenos poetas del siglo XVI es que su genio poético no se alzase al nivel de las circunstancias que por todas partes le rodeaban [...], las musas castellanas, sordas, indiferentes a esta agitación universal, apenas saben inspirar a sus favoritos otra cosa que moralidades vagas, imágenes campestres, amores y galanterías». Sobre las posibilidades estéticas del cristianismo, véase Checa, 2006.

moderado y ecléctico pensamiento político y estético, al que me referiré en las próximas páginas, reafirmaría esta opinión.

Las palabras de Olive sobre la ambivalencia del espíritu filosófico deberían interpretarse a la luz de aquella polémica literaria de trasfondo político, en la que bajo la apariencia de disputarse sobre cuestiones de teoría poética se dilucidan cuestiones políticas, religiosas y filosóficas. El eje vertebrador de aquella controversia, como digo, radicaba en la oposición de los conservadores a un tipo de literatura, la filosófica, en la que estaba admitida la intromisión de elementos políticos y filosóficos.

Según Olive, la filosofía es «el estudio de la verdad», pero distingue entre los buenos y los malos filósofos, según hayan sido capaces de alcanzar verdades o de caer en errores. Comparando el mundo de las artes y de las ciencias, subraya Olive que las ciencias «son hijas de la razón», mientras que las artes «nacen de la imaginación, y en esta diferencia hallaremos las causas de los contrarios efectos que han producido en ellas la filosofía». Se refiere a que yerran los poetas que han escrito sus obras desde la filosofía, y no desde la imaginación. En efecto, añade, en las obras literarias y artísticas solo se trata de comunicar lo que se siente «a través de imágenes, descripciones y pinturas», pero no de representar «abstracciones, raciocinios, ni especulaciones sabias», «no se procura convencer al entendimiento, sino mover la imaginación». Cuando los poetas y artistas no conocen esta distinción y proceden en sus obras aplicando el «espíritu filosófico» crearán obras sin valor. Contrarios efectos tiene su aplicación a las ciencias: «si el espíritu filosófico ha hecho decaer las letras, también ha contribuido a los grandes progresos de las ciencias, o ha sido tal vez la causa principal de ellos» (37). Vemos así que Olive utiliza ambivalentemente la expresión «espíritu filosófico»: aunque se opone nítidamente a la escritura de poesía filosófica, con lo que se adhiere al bando conservador, matiza su rechazo reconociendo su contribución al progreso científico. Podemos pensar que este eclecticismo es sincero, o bien suponer que con estas moderadas declaraciones se preparaba el terreno ante la censura —según el esquema que aludíamos al principio— para cantar después, con cierto disimulo, las ventajas del siglo ilustrado¹⁴.

¹⁴ La ideología política de Olive se manifiesta igualmente cuando subraya la dificultad de que en los estados modernos triunfen las «grandes revoluciones políticas», lo cual debe «tranquilizarnos sobre estos temores» tan extendidos acerca del caos social que podría desencadenar el «espíritu llamado filosófico». Con ello —y en la misma línea de pensamiento que el padre Andrés— declaraba su oposición a las revoluciones políticas, pero, al mismo tiempo, otorgaba al espíritu filosófico un carácter más inofensivo del que le adjudicaba el sector reaccionario.

A FAVOR DE LA ILUSTRACIÓN: PARALELO DE ÉPOCAS Y NACIONES

En la *Idea* existe una defensa, moderada pero firme, de la alternativa ideológica defensora de las innovaciones que el Siglo XVIII ha traído, porque «es evidente que los que tanto declaman contra el presente le conocen aún menos que los que le ensalzan». Porque, continúa, es un error «querer atribuir exclusivamente al [siglo] presente males que han sido comunes a todos, pero mucho mayores en otros». Y añade: «¿Qué daños no ha producido en unos la barbarie, la ignorancia y la superstición; en otros los furores del fanatismo; en aquellos el loco espíritu de conquista; en estos el desorden de las costumbres y el trastorno de la moral pública?» (16-17).

Vemos así a un Olive que defiende el conocimiento frente a la ignorancia, la razón frente a la superstición y el fanatismo, y la paz frente a las guerras de conquista; afirmación esta última que podría referirse al expansionismo francés, pero también al inglés y al español de épocas pasadas. Al menos así se desprende del análisis comparatista de los distintos siglos que Olive realiza. En el siglo XVIII, estima, la mayoría de las guerras han sido «moderadas», y además «el espíritu de conquista no ha prevalecido exclusivamente». Elogia al siglo ilustrado porque «las diversas y alternativas alianzas» de unas naciones con otras «han mantenido hasta cierto punto su libertad e independencia política». Justifica así que España pasase de ser aliada de Inglaterra a serlo de Francia, y acredita la errática política gubernamental de alianzas en aquellos años. Ello supone un indudable guiño estratégico al que en 1801 pasó a ser Generalísimo de los ejércitos, Godoy.

No hay duda para el pacifista Olive de que los tiempos presentes son mejores que los pasados:

Traigamos a la memoria [...] aquellos tiempos en que naciones enteras se arrojan como fieras sobre las demás, destrúan una parte y reducían la otra a una dura y perpetua esclavitud, aquellos pueblos que no tenían más estado que la guerra, ni más bienes que el robo y el pillaje, aquellos terribles conquistadores que atravesaban lo conocido del globo con la rapidez del rayo, lo incendiaban, asolaban y reducían las miserables reliquias a su bárbaro y cruel dominio (17-18).

Tras criticar duramente a Roma, «aquella república ambiciosa», es aún más severo con «las fieras del septentrión». Reconoce la existencia de los «felices tiempos de la Grecia, de Roma, y de otras pocas naciones»; pero estos buenos momentos duraron poco y se limitaron a territorios reducidos, porque «la felicidad de Roma empezó a desvanecerse cuando extendió sus conquistas fuera de la Italia». Como síntesis de su comparación, afirma: «Tal vez la Europa no ha gozado nunca de una felicidad más extendida y duradera que en estos dos últimos siglos, y principalmente en el

que acaba de pasar», el XVIII. Así pues, defensa del pacifismo y oposición al expansionismo territorial basado en la destrucción (18).

Nuestro periodista se detiene en el análisis de los últimos siglos, comenzando por el XV, momento en que Europa recibe a través de los árabes españoles «las luces del Oriente». Época de grandes acontecimientos, descubrimientos e invenciones, en la que España, «tan adelantada en las ciencias», jugó un gran papel con el descubrimiento de un nuevo mundo. Al mismo tiempo, los portugueses, «no menos intrépidos que los españoles», «descubrían las preciosas y antiquísimas regiones de la India».

La invención de la imprenta ocupa un lugar muy importante en el discurso de un Olive manifiestamente humanista: «con la invención de la imprenta, con el descubrimiento de manuscritos muy importantes, con la traducción, comentarios e ilustraciones de las obras magistrales de los antiguos, se echaron los más sólidos fundamentos de la gloria literaria del siguiente» siglo.

Pasando revista a la posición internacional que entonces ocupaban los distintos países, el periodista-historiador subraya que los turcos «hacían temblar a las demás» naciones; «España se distinguía por su poder, que de día en día se aumentaba, y por sus progresos en la literatura»; Italia era superior por su lengua, «que había llegado a la perfección», por la «excelencia de sus gobiernos» y por su cultura y adelantamiento de las ciencias y las artes, aunque era escenario de sangrientas guerras; Francia e Inglaterra continuaban con su «terrible rivalidad», y «tomaban muy poca parte en los asuntos políticos de las demás naciones»; las «partes septentrionales» de Europa «yacían en la mayor barbarie e ignorancia». En fin, los «importantes descubrimientos del siglo XV se hicieron tan a fines de él, que no pudieron producir fruto alguno hasta el siglo XVI».

Entonces, «el Oriente y el Occidente derramaban en España y Portugal un océano de riquezas que, distribuyéndose después en toda la Europa por mil diversos canales, la fecundaban y fertilizaban». En el siglo XVI «España había llegado al colmo de su gloria, de su riqueza y esplendor [...]. Bastaba dar algunos pasos más para elevarse a la monarquía universal» (21-22). Pero ello no sucedió, porque Europa estableció un sistema de equilibrios a los que debe su felicidad, según estima Olive con gran ponderación política. En cualquier caso, «los conocimientos humanos» adelantaron solo en España e Italia, «las únicas naciones que podían llamarse civilizadas». Pero aun así, el siglo XVI no es el mejor entre los cuatro últimos, continúa, porque entonces predominaban los errores del escolasticismo. Si bien las artes llegaron «a aquel grado sublime a que las había elevado la antigua Grecia», el siglo XVII «le aventajó en las ciencias y le igualó en las letras» (22-23).

Son muy evidentes en la *Idea* los valores de la paz frente a la guerra, así como los de la cultura, la ciencia y el progreso frente a la ignorancia

y el inmovilismo. Pero lo que confiere un valor más típicamente ilustrado a su discurso, es su apología de la extensión del progreso a los hombres de distintas partes del globo: la divulgación de los conocimientos científicos es una tarea muy útil para el hombre, a la cual se aplican —y aprovecha ahora para elogiar el medio en que escribe— los «periódicos literarios», ocupados de «vulgarizar la ciencia, dorar la dificultad que ofrece en sus principios [...], y convidar a todos a su estudio y participación» (10).

La figura de un Olive progresista se afianza si acudimos al otro discurso introductorio de la nueva época del *Memorial*. Me refiero al ya citado *Plan de este periódico o Discurso sobre los conocimientos humanos*. Su autor, suponemos que también Olive, demuestra su confianza ilimitada en la ciencia y la falta de seguridad que le inspira la metafísica: «la ciencia es el punto de perfección a que ha llegado el espíritu humano» (2), mientras que «es dudoso y nada seguro cuanto ha adelantado la metafísica»: «ignoramos absolutamente las propiedades esenciales del alma». Su modernidad en este punto es indiscutible: «contentémonos, pues, con haber hallado en la sensibilidad el origen de nuestros conocimientos» (3). Pero su defensa del método empírico y de la ciencia no le impide declarar su creencia en la existencia de Dios. En cualquier caso, su optimismo ilustrado es evidente y entusiasta: la tarea del hombre en el mundo es conocer la naturaleza y modificarla con el fin de conseguir la felicidad, para lo cual «es preciso observarla, descomponerla, escudriñarla, modificarla, experimentarla, y luchar con ella para forzarla a prestarse a los designios del hombre» (8).

PROGRESO DE LAS CIENCIAS Y LAS LETRAS. UNIVERSALISMO CLASICISTA Y RELATIVISMO BARROCO

El autor de la *Idea* estima que lo natural es que los hombres «comenzasen primero por adquirir los conocimientos útiles, pasando después a los agradables». No obstante, afirma que siempre sucede lo contrario. ¿Por qué? Su respuesta se basa en que la ciencia «ha nacido en el ocio y sosiego de las sociedades», es decir, el hombre siempre ha preferido el placer a la instrucción, por lo tanto «es necesario comenzar por divertirlo y agradarle, para acabar por enseñarle e instruirle. Las bellas letras son las flores, las ciencias los frutos» (23-24). Dicho de otra manera, las letras y las artes constituyen la propedéutica para la investigación y la pedagogía. Vemos en estas palabras, de nuevo, la preocupación ilustrada no solo por el progreso, sino además por la extensión del saber.

Con esta distinción entre disciplinas científicas y artísticas, empieza una parte del discurso dedicada al progreso de las ciencias y las letras, una cuestión tópica en la historiografía clásica, muy relacionada con el debate

«antiguos/modernos», asunto este ya suscitado en la antigüedad tardía, planteado en el siglo XVI italiano, pero cuya formulación definitiva se produce con la famosa «querelle» francesa de la segunda mitad del siglo XVII. La consecuencia más importante de esta disputa, que siguió vigente durante todo el siglo XVIII, fue el desarrollo del «sentido histórico» moderno, fundamental para la superación del reductor universalismo clasicista y para la correcta comprensión de los textos, vistos ahora en el marco del progreso y la evolución de los fenómenos sociales. Textos que todavía a finales del XVIII estaban necesitados de una explicación diferenciadora según países y épocas. Una diferenciación negada hasta entonces en el ámbito artístico y literario por el uniformador y universal principio de imitación, que comenzaba ya a ser sustituido a finales del XVIII por un concepto más relativista, como la imaginación, al igual que la primacía del juicio se iba abandonando en beneficio de la fantasía. Aquel sentido histórico se impuso, además, como consecuencia de la necesidad imperiosa de adecuar una teoría antigua y obsoleta que para nada se adecuaba a las nuevas realizaciones literarias.

Muy ligada a la «querelle», como digo, está la relación entre el progreso de las ciencias y las letras. En el siglo XVII ya existía un concepto de progreso en el sistema literario, considerado entonces como lineal y continuo. En el XVIII predomina la idea de que existen dos movimientos diversos en las ciencias y letras: una ley de progreso lineal en las ciencias, y un movimiento cíclico en las letras, con fases alternas de perfección y decadencia (Puppo, 1975: 158-160). O sea, en las ciencias predomina la línea recta, y en las letras, la línea curva. En Europa se impuso durante el XVIII una interpretación historiográfica según la cual a comienzos del XVII las letras comenzaron a decaer debido a la aparición de un nuevo gusto, el barroco.

Olive se hace eco de esta idea: «en nuestra época moderna hemos visto a las letras perfeccionarse, decaer y volverse a elevar» —hemos de suponer que con estos tres momentos está aludiendo al clasicismo renacentista, al barroco y al posterior clasicismo—, «mientras que las ciencias han caminado constantemente a su perfección» (33). O sea, las ciencias se enriquecen de manera acumulativa, constante, progresiva, mientras que las letras tienen altibajos, llevan «en su seno la causa próxima de su decadencia», o bien, «la gloria de las artes [...] ha sido siempre fugaz, y su decadencia tan rápida como su elevación».

El periodista se pregunta sobre esos altibajos de las letras, sobre las causas de la decadencia del gusto. Como buen neoclásico responde con una defensa del universalismo clasicista: el deseo de variedad y de novedades, de «mudar de camino», es la causa principal del mal gusto, ya que solo existe un camino que conduzca al buen gusto, «los demás nos extravían o alejan» (33). Se adhiere así al clasicismo de Luzán en su *Poética*, cuyos

principios literarios tuvieron un gran éxito y difusión entre los neoclásicos hasta casi mediado el siglo XIX: «Una es la poética y uno es el arte de componer bien en verso, común y general para todas las naciones y para todos los tiempos [...]. De aquí es que sería empeño irregular y extravagante querer buscar en cada nación una oratoria y una poética distinta». Añade después Luzán: «la verdad una es, y lo que una vez es verdadero conviene que lo sea siempre, y la diferencia de tiempo no lo muda» (1977: 147-148 y 414).

La filiación clasicista de Olive y su oposición a las novedades literarias le lleva a tomar partido por los autores clásicos y por los principios clasicistas en el debate antiguos/modernos. Así, critica las novedades aportadas por el gusto barroco: a partir del siglo XVII «lo brillante, lo raro y afectado fue estimado como nuevo», y los autores se abandonaron a «las vagas inspiraciones de la imaginación y del ingenio». Y añade: se defendió que «el arte sofocaba la naturaleza, y que el mejor poeta era aquel que tenía más imaginación»; se descuidó el estudio de los antiguos; se ridiculizó a quien invocaba las reglas del buen gusto. De manera muy sintética, en la *Idea* se están enumerando los «defectos» del barroco sistematizados en España por la *Poética* de Luzán. Frente al relativismo estético, propone Olive el gusto universal; frente a la primacía de la imaginación y el ingenio sostiene la superioridad del juicio; aludiendo al binomio horaciano *natura/ars*, confía más en el estudio y las reglas antes que en las cualidades naturales del artista; asimismo, critica el abandono de los autores antiguos. Su adscripción neoclásica no ofrece dudas¹⁵.

Y comienza aquí un discurso historiográfico de gran interés, en el que Olive pretende relacionar el extravío barroco del siglo XVII con los peligros del «espíritu filosófico» contemporáneo, una causa muy «poderosa de la corrupción de las letras en nuestro tiempo» (35). Es decir, los tiempos actuales (paso del siglo XVIII al XIX) contemplan una corrupción del gusto que nuestro autor asocia con la registrada a principios del siglo XVII y que posee, además, un trasfondo ideológico, en cuya base está el «espíritu filosófico», del que ya hemos hablado.

Olive acude a un argumento de la historiográfica neoclásica: la excesiva utilización de recursos literarios —que, sin embargo, usados en su justa medida son productivos—, conduce a la decadencia. Él da un paso más y se refiere implícitamente al barroco como movimiento recurrente a lo largo de la historia, tal y como ya había formulado el padre Andrés. Subrayemos que este, y a propósito del «espíritu filosófico» y de las conexiones

¹⁵ La oposición de Olive al barroco español contrasta por aquellos años con el creciente éxito del romanticismo schlegeliano, «promotor de la dignificación de la literatura española áurea». Friedrich Schlegel acudió al nacionalismo cultural —en detrimento de veleidades cosmopolitas— y a la ortodoxia católica para dignificar la literatura española de los Siglos de Oro (Sánchez Llama, 2008: 239).

entre filosofía y poesía, propuso una interpretación del barroco como gusto histórico recurrente, algo que ha pasado desapercibido para la historiografía hispánica, que suele asignar la responsabilidad de esa formulación a Eugenio D'Ors¹⁶. En efecto, para Andrés, aquel nuevo gusto, que desde perspectivas historiográficas actuales se ha denominado como «prerromántico», se explicaba como una resurrección de lo que hoy conocemos como gusto barroco: «el amor de una sublimidad desmedida pervirtió el gusto de escribir a principios del siglo pasado [el XVII], y el mismo puede decirse que le lleva a su ruina en el presente» (1784: II, 396). O sea, el barroco es un fenómeno recurrente que puede aparecer intermitentemente a lo largo de la historia literaria. Olive estima que desde ese punto culminante que fue el Renacimiento, tanto la poesía como «las demás artes imitativas» caen inevitablemente en la decadencia: «el punto más alto de la perfección es el primero de la decadencia; a la naturalidad, al orden y a la regularidad suceden la afectación, el desorden y la desigualdad más monstruosa», es decir, el barroco. Después, identifica en la historia literaria universal tres épocas barrocas, la de los «Sénecas», la de los «Marinis» y la suya contemporánea. Así pues, gusto y poética universal, pero sentido histórico.

HISTORIA LITERARIA Y CIENTÍFICA

Con los fundamentos teóricos que Olive ha ido apuntando a lo largo de su discurso, puede ya concretar una personal, y sintética, historia de la cultura. Refiriéndose primero al ámbito de las letras y las artes, sostiene que las bellas letras nacieron en el siglo XV en Italia y España, se perfeccionaron en el XVI, una época brillantísima; pero cuanto más se elevaron, más decayeron en el XVII, sobre todo en España. Estas palabras confirman a un Olive neoclásico y antibarroco, seguidor de la historiografía literaria entonces dominante.

Entrando en detalles sobre la evolución de la literatura en la edad moderna, Olive puntualiza así su afirmación sobre el decaimiento de las letras en el XVII: «las artes, y sobre todo las bellas letras [...] no hicieron más que mudar de suelo», es decir, los franceses tomaron el relevo de españoles e italianos. Junto a los países, se refiere a los géneros: mientras que «la poesía bucólica, la lírica, y sobre todo la épica pertenecen más principalmente al siglo XVI», la poesía dramática es propia del XVII. Y aquí viene a corregir, sin citarlo, a Montiano y Luyando, que había pretendido demostrar la «antigüedad y calidad» de las tragedias españolas. Dice el periodista: «pues aunque los italianos y los españoles habían tenido ya al-

¹⁶ Véase a este respecto Checa, 1997.

gunas tragedias arregladas, eran tan frías que no merecen compararse con el teatro francés, el único entre los modernos, como el griego lo fue entre los antiguos» (25).

En la *Idea* se aborda el campo de la historia literaria con notable sentido histórico y desde una perspectiva comparatista pionera: durante el XVII se cultivaron felizmente casi todos los géneros literarios, pero destacaron «la fábula y el arte de contar en verso por el inimitable Lafontaine», el poema satírico (y cita a Boileau), el «estilo epistolar» nacido, dice, en la corte de Luis XIV, y otros géneros como «la oratoria sagrada y los discursos históricos de Bossuet» (25). La idea central es que el buen gusto se desplazó desde Italia y España a Francia.

Nuestro periodista concede una llamativa importancia al teatro, olvidando detenerse en otros géneros, como la lírica y la épica, quizás porque «pertenecen» al siglo XVI, como afirma, o porque considera que la poesía dramática es el género donde la modernidad puede mostrarse de manera más clara, donde el mundo contemporáneo es susceptible de ser mejor representado, donde el concepto de imitación merece más urgentemente una revisión que permita el ensanchamiento de los tipos sociales representados. En efecto, la «comedia seria», teorizada por Diderot, se consideraba entonces como el género más apropiado para la representación de aquel nuevo tipo social que era el burgués. El incipiente historicismo de entonces acarreó una revisión de la jerarquía genérica: comenzaron a valorarse géneros cuya expresión y contenidos reflejaban una mayor sintonía con la realidad cotidiana, drama burgués y novela, sobre todo.

Los juicios literarios de Olive son hijos de la época de transformaciones en que le ha tocado vivir: si por una parte, y como buen clasicista, se adhiere al principio de imitación, no puede dejar de sentirse fascinado por la poesía de moda entonces, la ossiánica. Dado el carácter primitivo, espontáneo y alejado de reglas de esta poesía, era difícil conciliarla con la poesía clásica, fiel al concepto de imitación y a una muy elaborada normativa. Olive se debate en estas contradicciones, suyas y de la época, aunque intenta conciliarlas poniendo en relación el principio aristotélico de la imitación con el valor de la poesía primitiva: todos los pueblos han seguido esta tendencia a la imitación, esencial en el ser humano, de manera que ya «las primeras composiciones» de los pueblos más antiguos estaban «llenas de ideas sublimes, de grandes pensamientos, de expresiones atrevidas; todo es en ellas entusiasmo, fuego, viveza, imágenes [...], es la naturaleza misma con toda su pompa, aunque también con todo su desorden». Pero aquella inicial sublimidad necesitaba un poco de orden, método, regularidad, cualidades que solo se alcanzan en una «segunda época», en la cual «las composiciones adquieren regularidad y proporción, sin perder nada de su natural belleza y energía» (31-32). Evidentemente, Olive no pudo sustraerse a aquel saludable historicismo dieciochesco. Aunque fuera contra-

ditorio con su universalismo clasicista, quiso encontrar síntesis conciliadoras, de difícil justificación teórica, como acabamos de ver.

En el campo de las ciencias sucedió algo parecido: durante el XVII «las luces se difundieron y extendieron desde el mediodía de Europa hasta penetrar insensiblemente en las remotas regiones del septentrión» (26). El progreso de las ciencias en este siglo se debió a que entonces se llegó al «verdadero camino del saber», tomándose «por única guía la observación y experiencia», es decir el empirismo.

Sin embargo, y puesto que, en opinión de Olive, como ya se ha dicho, el camino de las ciencias es lineal:

con razón se ha dado al siglo XVIII el título de ilustrado y de científico, si atendemos a los grandes progresos que en él han hecho la civilización y la cultura con las ciencias en general, y aun podemos considerarle en esta parte como superior a cuantos le han precedido, pues en ningún otro las luces fueron tan vivas, ni alumbraron tan vasto hemisferio (26).

Una afirmación contundente y potencialmente peligrosa, debido a la identificación que podría hacerse entre «luces» y «filosofía» y debido también a la defensa de la superioridad del «filosófico» siglo XVIII. Así que el periodista se siente impelido a puntualizarla: si las luces han ganado en extensión, sin embargo han perdido en «solidez», debido a la «superficialidad y charlatanería» que se han introducido durante el XVIII en las letras y las ciencias. En consecuencia, y examinados comparativamente y de manera global, «tal vez hallaremos más mérito» en el siglo XVII que en el XVIII, dado «que es siempre más difícil el inventar que el añadir y perfeccionar lo ya inventado» y «el haber sobresalido casi igualmente en las ciencias que en las letras» (26). Además, el XVII podría ser superior por el gran número de sabios que dio: Bacon, Descartes, Leibnitz, Locke, Kepler, Galileo, Newton. Porque es verdad que el siglo XVIII ha adelantado mucho en algunas ciencias y ha producido grandes nombres, pero en general sus aportaciones constituyen la prosecución de lo que empezó el siglo anterior.

A pesar de ello, Olive acaba colocando al siglo XVIII por delante del XVII en el ámbito científico, aunque realiza ciertas precisiones: en el campo de la física, las matemáticas, la astronomía y la anatomía, el siglo XVIII es un mero continuador del siglo anterior, no así en la fisiología, la química (Lavoisier), la botánica y la «historia natural» (Linneo, Buffon), que deben casi todos sus progresos al siglo XVIII. En definitiva, el siglo que acaba de expirar podría ocupar «el primer lugar entre cuantos le han precedido, si la gloria de las letras fuese igual en él a la de las ciencias». Pero el autor de la *Idea* estima que las letras han decaído en él, y por tanto su soberanía no es total.

LA LITERATURA CONTEMPORÁNEA

Los juicios de Olive sobre literatura contemporánea están determinados, una vez más, por su opinión sobre la supuesta intromisión de la filosofía en la literatura. Por ejemplo, los poetas dramáticos caen en la «manía de analizar, el furor de declamar y disertar, de combatir y de innovar» que se advierte en el teatro contemporáneo. Contemplamos así a un crítico literario contrario a los dramas modernos en los que el autor dramático intenta transmitir un discurso y una moral no a través del desarrollo de la acción, sino merced a discursos filosóficos que pone en boca de los personajes, práctica reprobada por la poética tradicional. Discursos declamatorios, combativos e innovadores, o sea, comprometidos con una visión del mundo «filosófica», avanzada, moderna.

A este propósito pone el ejemplo de Voltaire, «tal vez el ingenio más feliz que ha producido su siglo», que incluso «aventaja al mismo Racine en las cualidades trágicas», pero que es, sin embargo, «el padre de este sistema tan impropriamente llamado filosófico, y la causa de la corrupción de las letras». Ocuparía el primer lugar de la escena francesa, «si la manía de filosofar y declamar, si las antítesis y las palabras sentenciosas no manchasen a veces los mejores pasajes de sus obras» (38). Por el contrario, Voltaire fue esgrimido como modelo positivo en la heterodoxa poética de Philoaltheias —seudónimo de un autor todavía sin identificar pero que indudablemente fue de ideas avanzadas—, quien solo ve virtudes en los defectos identificados por Olive, ya que el anónimo autor defiende un tipo de poesía que precisamente debería ocuparse de transformar las «verdades filosóficas» en cuadros poéticos¹⁷.

A pesar de lo dicho, continúa Olive, Voltaire, y Crebillon, «que lo sigue de cerca», sostuvieron en Francia la gloria del arte trágico, pero sus seguidores fueron aumentando sus defectos y el teatro del vecino país está en decadencia, aunque «mantiene aún su superioridad» respecto a otras naciones. Comienza aquí un paralelo de méritos de las distintas naciones, en el que se atribuye a Francia la primacía en el teatro durante la «época feliz de Luis XIV», con la excelencia de Racine, Molière y Quinault en la tragedia, comedia y ópera respectivamente. Solo Italia ha superado a Francia en la ópera, pero solo en el siglo XVIII, gracias a Metastasio.

Después, habla la *Idea* de otros tipos de composiciones literarias que «han sido como inventadas o perfeccionadas» en el siglo XVIII, las novelas y los cuentos. Pero las primeras están «manchadas con los defectos que hemos notado en la literatura en general» —se refiere al espíritu filosófi-

¹⁷ Véase Checa, 2004: 100. Sobre la recepción de Voltaire en España, véase Lafarga, 1982.

co—, y las segundas son de «mediano mérito». Los españoles son los que «mayor y mejor número de novelas y cuentos satíricos, burlescos y festivos han producido, bastando el *Quijote* para darnos la palma en este género» (40), ya que el *Telémaco* francés es un género nuevo, ni novela ni epopeya. Pero Olive no explica qué es.

Inglaterra es en el siglo XVIII el país modélico en cuanto a las novelas y cuentos morales y filosóficos. Sostiene Olive que Cervantes puede ser comparado a Fielding, «y aun le aventaja, ¿pero qué novelista será comparable con Richardson?¹⁸, el Homero, digámoslo así, de las novelas» (40). Recordemos que durante gran parte del siglo XVIII los juicios críticos sobre el *Quijote* de Cervantes no fueron excesivamente halagadores. Todavía a mediados de siglo algunos prestigiosos autores españoles consideraban que el *Quijote* de Avellaneda era superior al de Cervantes. Aquel rechazo se debía, en gran medida, al supuesto antipatriotismo de Cervantes, que había criticado la comedia lopesca en su novela y, sobre todo, había exportado una imagen negativa de España, coincidente con la que muchos extranjeros poseían acerca de la fanfarronería y ridícula y anacrónica caballería de los españoles. A pesar de ello, entre 1750 y 1787 se publicaron en España 18 ediciones de la novela cervantina, además de los muy elogiosos estudios de Vicente de los Ríos, en 1780, y de Quintana, en 1797. Sin embargo, todavía a finales de siglo el *Quijote* y Cervantes no gozaban de la consideración que tenía Richardson. Así opinaba Andrés, y así opinó Olive, como vemos¹⁹.

Estas palabras favorables a la novela²⁰ suponen un elemento de modernidad, ya que el género novela no gozó antes de la dignidad literaria que a finales de siglo XVIII comienza a reconocérsele. Durante gran parte del XVIII se las rechazó por su carácter prosístico, inmoral, vulgar y por tener como fin el entretenimiento exclusivamente, opiniones estas que aún pueden encontrarse a principios del siglo XIX. También Olive se refiere al «torrente de absurdas e infames novelas que ha inundado la Europa, sobre todo en estos últimos tiempos en que han llegado a ser la lectura de preferencia de un vulgo ignorante y preocupado» (41). Pero es evidente que la novela en prosa comenzaba a ser reconocida, por fin, como digna heredera de un género cada vez más anacrónico, la épica en verso.

¹⁸ Sobre la recepción de novelas «prerrománticas», véase Ilarraz (1985: 63-80). Sobre la novela española del XVIII es imprescindible Álvarez Barrientos, 1991.

¹⁹ Más información al respecto en Checa, 2008.

²⁰ En su miscelánea *Noches de invierno* (1796) Olive escribió un prólogo sobre la novela como género literario (Urzainqui, 1990: 510).

LA ILUSTRACIÓN Y EUROPA

Finaliza el periodista del *Memorial* con una interesante comparación sobre las aportaciones a la cultura universal de los diferentes países europeos. Así, habla de lo mucho que deben las ciencias económicas y políticas al siglo XVIII y «a los felices esfuerzos de la Inglaterra», que, si bien es inferior a Francia en su aportación a las «artes de imaginación y agrado», la iguala o aventaja «en los conocimientos científicos» (41). Y añade:

Si nos fuese permitido señalar el lugar que a cada nación corresponde en la escala de los conocimientos humanos, diríamos que la Italia, y aun la España, han sobresalido en las artes de imaginación y agrado; que la Inglaterra y la Alemania se han distinguido por su originalidad, su juicio, su constancia en los estudios, lo cual las ha llevado a los más útiles y sublimes descubrimientos, a las composiciones más vastas y sólidas; y en fin al cultivo y adelantamiento de las ciencias y las letras, lo útil y lo agradable, lo sólido y lo profundo con lo brillante y ligero (41).

La Historia, «ha producido en el siglo XVIII, y debido a su espíritu filosófico, composiciones superiores a cuanto hay de mejor en los tiempos modernos, y aun dignas de ser comparadas con las de los antiguos». Nótese el valor positivo que concede aquí al espíritu filosófico; el motivo es que está hablando de una ciencia: Francia y «sobre todo la Inglaterra» son las naciones que más han enriquecido esta parte de los conocimientos humanos (42).

Pero, como ya hemos adelantado, para Olive la principal aportación del siglo XVIII, en la cual «aventaja principalmente a cuantos le han precedido», «es la universalidad y extensión de luces», antes encerradas solo en países y momentos concretos: «la antorcha de la sabiduría apenas arroja de cuando en cuando algunos trémulos y vacilantes resplandores, que alumbran por pocos momentos un espacio limitado». Un espacio que Olive, siguiendo las teorías sobre la influencia de los climas en la producción artística²¹ sitúa en las regiones de «felices climas»: las ciencias y las artes nacen en las márgenes del «cristalino Ganges», se extienden hasta el «fecundo Nilo», descansan en «las deliciosas islas del gran mediterráneo [...], se explayan por las cercanas costas de la Italia, y en tiempos más modernos llegan a extenderse por la España y la Francia» (43).

Desgraciadamente «ni el tostado africano, ni el habitante de los helados climas del Septentrión, conocieron jamás, ni tal vez llegarán a conocer el dulce comercio de las musas» (43). Vemos así, cómo nuestro periodista asocia el progreso cultural con los climas y no —como hacían algunos autores coetáneos— con la capacidad económica, militar, política, colonial, de los distintos países. Sin embargo, Olive considera que «la ilustración»

²¹ Aunque la referencia más cercana y notable era la de Montesquieu, la opinión acerca de la influencia del clima en la civilización era antigua: véase Bury, 2009: 136-137.

se ha ensanchado fuera de los límites de la zona templada: «solo en nuestros tiempos, y en una época tan larga y seguida de ilustración» se han podido vencer «las malignas influencias de los destemplados climas», de manera que «los bretones, los caledonios, los batavos, los germanos y hasta los feroces suecos, en otro tiempo tan bárbaros e ignorantes, han cultivado las ciencias con esmero, y aun logrado adquirir la belleza, la gracia, y un cierto gusto en las artes».

Evidentemente, para el autor de la *Idea*, gracias al siglo XVIII y la Ilustración, está naciendo una época nueva para las ciencias y las artes, incluso para la organización política de los países: «el nuevo sistema político que comienza a nacer puede darnos algún fundamento para formar lisonjeras esperanzas» (43). Una frase inesperada, indudablemente atrevida, porque implica la defensa de cambios políticos, seguramente moderados atendiendo a todo lo expresado a lo largo del discurso. Olive no desarrolla esta afirmación, conscientemente escueta y ambigua, con la que, quizás, está defendiendo solamente un alejamiento de la monarquía absoluta. A la luz del texto en su conjunto no es verosímil que signifique una defensa del sistema republicano.

El epílogo del discurso nos muestra a un Olive enormemente optimista, como debía corresponder a su adscripción ilustrada. Enlazando sus palabras sobre las esperanzas que se derivan del nuevo sistema político con los «felices días» venideros en que las artes y las luces se extenderán por otros puntos del globo, precisa cuál es la situación europea: «el siglo de oro de la literatura inglesa sigue y casi toca con el de la Francia»; Alemania, no contenta con ser una de las primeras en las ciencias, progresa en las bellas artes; el buen gusto renace en Italia y España; Rusia, aunque todavía no pueda llamarse «verdaderamente civilizada, produce algunos hombres sabios que la ilustran y ennoblecen». Y con una visión europeísta muy moderna escribe: «En fin, la Europa toda viene a formar una nación sola, en la que las ciencias y las artes se cultivan a porfía». Por aquellas fechas, en 1799, Novalis había escrito su opúsculo *La cristiandad o Europa* (que solo se publicaría mucho después de su muerte), en el que halla la unidad europea en la Edad Media cristiana. Chateaubriand y otros románticos defendieron ideas similares por aquellos años. Evidentemente, Olive no reivindica la literatura medieval europea, ni la vincula con el cristianismo, pero sí participa —desde una perspectiva ilustrada— de aquella coetánea búsqueda superadora de las ideologías nacionalistas; en sus palabras se vislumbra un intento de vertebración europea.

Todavía se permite una reflexión que trasciende lo europeo y que corrobora su optimismo y su carácter visionario, ilustrado y universalista²²:

²² Voltaire había publicado a mediados del siglo XVIII un *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*, donde aparecen datos sobre China, la India y América (Bury, 2009: 138).

«La América sigue sus huellas [las de Europa], se aprovecha de sus conocimientos, y procura imitarla en su cultura y civilización. Esta región en todo nueva parece destinada, tanto por su disposición natural, como por las circunstancias políticas, a ocupar un lugar principal en la historia de los siglos venideros» (43). En todo ello se aprecia que, cuando Olive analiza la idea de progreso no se detiene en el pasado, sino que aventura una mirada, poco frecuente, hacia el futuro, tomando en consideración ámbitos geográficos extraeuropeos, lo que confiere a su discurso un carácter adelantado, casi profético y alejado definitivamente de la simple especulación improductiva acerca de la superioridad de los antiguos o los modernos.

EPÍLOGO

No podemos terminar sin destacar, y elogiar, el grado de imparcialidad que demuestra Olive en sus juicios, así como la ausencia de fobias contra otros países. Su discurso está desprovisto de aquel nacionalismo apologetico tan reduccionista y tan frecuente en la España de aquellos años.

Por otra parte, el hecho de que Olive reconozca la semejanza entre unos países y otros, así como de unas épocas y otras, demuestra su asunción del moderno sentido histórico: la comprensión histórica ya no puede basarse en la unidad, sino en la diversidad. Pero al mismo tiempo, Olive era hijo del universalismo clasicista. En consecuencia, y como coetáneo que fue de una época de transición, no escapa a las paradójicas y correspondientes contradicciones. Por ejemplo, cuando con actitud poco historicista rechaza dogmáticamente el «relativismo» barroco.

Desde el punto de vista político, cualquier debate cultural está siempre condicionado ideológicamente, pero en épocas conflictivas, de crisis, de cambios, como era aquella, lo político adquiere una relevancia inusual, capaz de convertir en accesorios los elementos artísticos, estéticos, literarios, del debate. En aquel cambio de siglo, en efecto, tanto la literatura, las artes y las ciencias, como sus respectivas historiografías, eran practicadas y enjuiciadas desde perspectivas fuertemente politizadas. Es el caso de Olive y su continua recurrencia al «espíritu filosófico» para explicar cualquiera de sus interpretaciones historiográficas. El autor de la *Idea del Siglo XVIII* —muchos de cuyos juicios proceden, a mi entender, de Juan Andrés— adopta en su discurso una posición moderada, ecléctica, quizás la más atrevida que la censura permitía entonces. Es evidente que no era un «antifilósofo», un reaccionario. Por el contrario, no podremos saber si el pensamiento tibiamente ilustrado que manifiesta se adecuaba a su auténtica ideología, o bien es moderado porque públicamente no podía expresarse de manera más radical. Pero lo que más importa aquí es la explicación de su texto como paradigma del (censurado) debate cultural y político de la época, porque

aquella discusión, inequívocamente ideológica, referida sin duda al modelo de sociedad que se quería para el futuro, impregnaba todas las manifestaciones sociales, culturales y artísticas de aquellos años, incluida la prensa.

El texto de Olive muestra a un autor ciertamente ilustrado cuando nos habla de la felicidad, de la extensión de las luces, del lugar que deben ocupar las ciencias y las letras, del método empírico, etc., pero también deja traslucir a un Olive nada crítico con el poder político y eclesiástico, favorable en muchas cuestiones a los «antiguos» —aunque sin desdeñar a los modernos— y contradictorio en los asuntos de contenido político, así como en los estéticos: su defensa de un universalismo clasicista choca con su indudable sentido histórico. En fin, el contenido de la *Idea* es fiel resultado de una época de transición y, como tal, espejo de sus temores y contradicciones.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGUILAR PIÑAL, Francisco. *La prensa española en el siglo XVIII. Diarios, revistas y pronósticos*. Madrid: CSIC, 1978. Cuadernos Bibliográficos, XXXV.
- . *Introducción al siglo XVIII*. Madrid: Ediciones Júcar, 1991.
- . «Las letras españolas a principios del siglo XIX». En: GARELLI, Patricia e MARCHETTI, Giovanni (a cura di). *Un hombre de bien. Saggi di lingue e letterature iberiche in onore di Rinaldo Frolidi*. Alessandria: Edizioni dell'Orso, 2004, I. pp. 3-12.
- ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín. *La novela del siglo XVIII*. Madrid: Júcar, 1991.
- . *Ilustración y Neoclasicismo en las letras españolas*. Madrid: Editorial Síntesis, 2005.
- ANDRÉS Y MORELL, Juan. *Origen, progresos y estado actual de toda la Literatura*. Madrid: Antonio de Sancha, 1784-1806, 10 tomos. (Fue publicada anteriormente en italiano: *Dell'Origine, progressi e stato attuale d'ogni Letteratura*. Parma: Stamperia Reale, 1782-1798, 7 tomos. Existe edición reciente de García Gabaldón, Jesús; Navarro Pastor, Santiago y Carmen Valcárcel (eds.); Aullón de Haro, Pedro (dir.). Madrid: Verbum, 1997, 5 vols.
- BAASNER, Frank y ACERO YUS, Francisco. *Doscientos críticos literarios en la España del siglo XVIII*. Madrid: CSIC, 2007.
- BOTREL, Jean-François. *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*. Madrid: Pirámide, 1993.
- BURY, John. *La idea del progreso*. Madrid: Alianza Editorial, 2009.
- CHECA BELTRÁN, José. «Poesía y filosofía: Juan Andrés y el 'estilo espiritoso'». *Revista de Literatura*, 1997, LIX, 118, pp. 423-435.
- . «Una nueva sensibilidad lectora. Censura y política en *Variedades* (1803-1805)». En: HERNÁNDEZ GUERRERO, J.A. et al. (eds.). *La recepción de los discursos: el oyente, el lector y el espectador*. Cádiz: Universidad-Ayuntamiento, 2003, pp. 339-350.
- . *Pensamiento literario del siglo XVIII español. Antología comentada*. Madrid: CSIC, 2004.
- . «Sobre la virtualidad estética de la *materia cristiana*: Quintana y Blanco White». En *Retórica, Literatura y Periodismo. Actas del V Seminario Emilio Castelar*. Cádiz: Ayuntamiento y Universidad de Cádiz, 2006 pp. 113-122.
- . «El *Quijote* y la teoría neoclásica». En: GARRIDO GALLARDO, M.A. y ALBURQUERQUE GARCÍA, I. (coords.). *El Quijote y el pensamiento teórico-literario*. Madrid: CSIC, 2008, pp. 175-186.

- DOMERGUE, Lucienne. *Censure et lumières dans l'Espagne de Charles III*. París: CNRS, 1982.
- GARRIDO PALAZÓN, Manuel. *La filosofía de las Bellas Letras y la Historia Literaria en España (1777-1844)*. Almería: Instituto de Estudios Almerienses, 1992.
- . *Historia literaria, enciclopedia y ciencia en el literato jesuita Juan Andrés: en torno a «Del origen, progresos y estado actual de toda literatura»*. Alicante: Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1995.
- GONZÁLEZ PALENCIA, Ángel. *Estudio histórico sobre la censura gubernativa en España, 1800-1833*. Madrid: Tip. de Archivos-Escelicer, 1934-1941, 3 vols.
- GUINARD, Paul F. *La presse espagnole de 1737 à 1791. Formation et signification d'un genre*. París: Centre de Recherches Hispaniques, 1973.
- HARTZENBUSCH, E. *Apuntes para un catálogo de periódicos madrileños desde el año 1661 al 1870*. Madrid: Establecimiento Tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra», 1894.
- ILARRAZ, Aurora Virginia. *La prensa española ante el Romanticismo europeo: resistencia y recepción (1780-1836)*. Ann Arbor, University Microfilms International, 1985.
- LAFARGA, Francisco. *Voltaire en España (1734-1835)*. Barcelona: Universidad de Barcelona, 1982.
- LARRIBA, Elisabel. *Le public de la presse en Espagne a la fin du XVIII siècle (1781-1808)*. París: Honoré Champion, 1998.
- . «La presse espagnole à la fin du XVIII siècle et la censure d'Etat: les projets de création de périodiques refusés par le Conseil de Castille de 1791 à 1808». 2004. En: *Individu et autorités: position de la Presse des Lumières. Actes du colloque tenu à Nantes 27-29 septembre 2001*. Université de Nantes, 2004, pp. 37-56.
- . «Inquisición y prensa periódica en la segunda mitad del siglo XVIII». *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 13, pp. 77-92.
- LE GENTIL, Georges. *Les revues littéraires de l'Espagne pendant la première moitié du XIX siècle; aperçu bibliographique*. París: Hachette, 1909.
- LUZÁN, Ignacio de. *La Poética, o Reglas de la Poesía en general, y de sus principales especies*. Zaragoza: Francisco Revilla, 1737. (Existe una segunda edición «corregida y aumentada por su mismo autor»: Madrid: Antonio de Sancha, 1789, 2 vols.). Publicadas conjuntamente por Sebold, R.P. (ed., intr. y notas). Barcelona: Labor, 1977, y de nuevo en Madrid: Cátedra, 2008).
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. *Historia de las ideas estéticas en España*. Madrid: CSIC, 1974.
- OSSORIO Y BERNARD, Manuel. *Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX*. Madrid: Imp. y Lit. de J. Palacios, 1902-12.
- PALOMO, María del Pilar. *Movimientos literarios y periodismo en España*. Madrid: Síntesis, 1997.
- PAZ REBOLLO, María Antonia. «Las fuentes informativas de la prensa española en la segunda mitad del siglo XVIII». *Estudios de Historia Social*, 1990, 52-53, pp. 357-368.
- PHILOALETHEIAS, N. *Reflexiones sobre la poesía*. Madrid: Imprenta de la Viuda de Ibarra, 1787. (Solo se conoce un ejemplar, conservado en Oxford; reproducido modernamente por José L. Cano: «Una 'poética' desconocida del XVIII, las *Reflexiones sobre la poesía* de N. Philoaletheias (1787)». *Bulletin Hispanique*, 1961, 63, pp. 62-87, y también por Cano: *Heterodoxos y prerrománticos*. Madrid: Júcar, 1975.
- PUPPO, Mario. *Critica e linguistica del Settecento*. Verona: Fiorini, 1975.
- QUINTANA, Manuel José. *Poesías selectas castellanas desde el tiempo de Juan de Mena hasta nuestros días*. Madrid: Gómez Fuentenebro y Compañía, 1807, 3 vols. (Quintana, M.J. *Obras completas*. Madrid: Atlas, 1946, BAE, 19).
- RODRÍGUEZ SÁNCHEZ DE LEÓN, María José. *La crítica dramática en España (1789-1833)*. Madrid: CSIC, 1999.

- SÁIZ, María Dolores y María Cruz Seoane. *Historia del periodismo en España*. Madrid: Alianza Universidad, 1983-1996, 3 vols.
- SÁNCHEZ LLAMA, Iñigo. «¿Fue moderna la literatura española del siglo XVIII?. Análisis de la evaluación decimonónica». *Hispanic Review*, summer 2008, pp. 231-255.
- URZAINQUI, Inmaculada. «Los redactores del *Memorial Literario*». *Estudios de Historia Social*, 52-53, Enero-Junio 1990, pp. 501-516.
- . «Un nuevo instrumento cultural». En: ÁLVAREZ BARRIENTOS; Joaquín; LÓPEZ, François. e URZAINQUI, Inmaculada. *La República de las letras en la España del siglo XVIII*. Madrid: CSIC, 1995. pp. 125-216.
- . «Hacia una teoría de la historia literaria en el siglo XVIII: competencias del historiador». En: ROMERO TOBAR, Leonardo (ed.). *Historia literaria / Historia de la literatura*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004, 209-238.

Fecha de recepción: 11 de septiembre de 2008

Fecha de aceptación: 10 de marzo de 2009